

05/2012

Daniel Macías Fernández

PLAN ANUAL DE INVESTIGACIÓN. DESAFÍOS
GEOPOLÍTICOS DEL SIGLO XXI

PLAN ANUAL DE INVESTIGACIÓN. DESAFÍOS GEOPOLÍTICOS DEL
SIGLO XXI

Resumen:

La globalización es un fenómeno que afecta a toda la población mundial, ya sea de forma positiva o negativa. El mundo se ha convertido en una aldea global en la que las distancias son una mera anécdota; las telecomunicaciones y los transportes actuales han «empequeñecido» el planeta. La interconexión es mayor de lo que nadie nunca pudo pensar. Por ello, la pobreza, la inseguridad, la crisis o la guerra en lo que antes era una esquina de la Tierra, se convierten en nuestros días en un problema de todos. La inestabilidad es creciente en un sistema mundo convulso tras la caída del bloque soviético, fenómeno que supuso el fin del «tenso» orden de la Guerra Fría. Nuevos actores, entre los que hay que destacar los no estatales, han aparecido en la «era global» y compiten con los «viejos» Estados nación en protagonismo internacional. Es esta una época de la historia en la que el cambio y la inestabilidad parecen consustanciales a la velocidad con la que se transmite la información.

Abstract

Globalization is a phenomenon that affects the entire world population, either positively or negatively. The world has become a global village where distances are mere anecdote. Current telecommunications and transport have 'shrunk' the planet. Interconnection is greater than anyone could ever think. Therefore, poverty, insecurity, crisis or war in what was once a corner of the Earth, has become today a global problem. The instability has increased in a troubled world system after the fall of the Soviet Union, a phenomenon that has marked the end of the 'tense' Cold War order. New players, among which non-state ones outstand, have appeared in the 'Global Era' and compete with the 'old' nation-states for the international leadership. This is a time in history where change and instability have no parallel in history being proportional to the speed required to transmit information.

Palabras clave:

Globalización, guerra asimétrica, posmodernidad, Estados Unidos, Rusia, China, Al Qaeda, Estado Islámico.

Key words

Globalization, asymmetric warfare, postmodernism, United States, Russia, China, Al Qaeda, Islamic State.

EL MUNDO PRESENTE

Globalización y posmodernidad

Nunca ha habido una interrelación tan grande y directa como la actual entre países, instituciones y personas de todo el mundo. La interconexión, tanto física como a través de las telecomunicaciones, ha alcanzado límites insospechados. Internet y los *smartphone* son inventos que tienen la importancia de suponer y trazar una nueva etapa histórica para el ser humano. Hoy en día, cualquier persona tiene en su bolsillo un aparato por el que todo espía de la Guerra Fría hubiese llegado a matar... Un pequeño ordenador acompaña a una enorme y creciente cantidad de personas en su vida cotidiana y ello ha cambiado esta última. El común de los mortales está a un *clíc* de mapas por satélites, cámara de fotos, cámara de vídeo, mensajería instantánea y, por supuesto, llamadas, por destacar algunas de las cada vez más abundantes posibilidades.

La «eclosión de la tecnología y su influencia en la logística» ha generado una verdadera revolución de las comunicaciones —no solo de las telecomunicaciones— que ha sido denominada por algunos la «Revolución de los contenedores»¹. Esto ha implementado la globalización, especialmente los aspectos físicos de la misma, a saber: ha convertido el mundo —aldea global— en una gran fábrica a escala, gracias a lo barato de las nuevas formas de transporte en *containers*. La globalización no solo la constituyen redes de información y cultura de masas, hay elementos físicos. El transporte masivo de mercancías o piezas de un proceso de ensamblaje planetario es posible gracias a la masiva nueva capacidad de transporte, para lo cual se han tenido que readaptar puertos e infraestructuras férreas².

El incesante aumento de población en el planeta, por una parte, y la deslocalización industrial, por otra, han generado una creciente demanda de energía y ese fenómeno viene aparejado con el de que determinados países del tercer mundo hayan alcanzado un cierto avance y grado de industrialización que no tiene paralelo desarrollo en el resto de elementos que conforman el crecimiento económico y social (o al menos no en idéntica medida) que aquellos de dilatada tradición industrial y tecnológica, pero que hace de su demanda de energía un fenómeno en aumento. De igual forma, respecto al dinamismo demográfico, siempre suele ocurrir que una mayor población lleva unido un consumo energético mayor. Como consecuencia, surge una nueva necesidad y nuevos ductos son puestos en construcción y servicio con celeridad a fin de poder satisfacer esas crecientes demandas energéticas.

¹ BACARIA, Jordi, y VALLE, Valeria Marina: «Introducción: las relaciones interregionales en el orden mundial», en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 110 (2015), p. 8.

² BARREDA, Andrés: «Geopolítica, recursos estratégicos y multinacionales», clase magistral impartida en Bilbao el 9 de noviembre de 2005, dentro del curso *Las multinacionales españolas en América Latina: realidades y resistencias*.

La interconexión mundial es creciente superando los cálculos y previsiones que se producían según el avance científico traducido en avance tecnológico especialmente centrado en las comunicaciones (y telecomunicaciones), de tal forma que, la sociedad posmoderna, caracterizada por elementos inmateriales llegando a un momento actual en el que, como ejemplo palmario y primordial, debajo de Internet y de aquellas telecomunicaciones, se encuentra una vinculación de carácter internacional, física; así, se han ido creando auténticos corredores intercontinentales de transporte, ya sea por medio de buques, aviones, máquinas viarias y ductos de diversa índole y uso. Estamos, es evidente desde hace ya algún tiempo, mucho más cerca unos de otros de lo que nos gustaría creer. Y en este sentido, resulta extremadamente ilustrativa la sentencia del politólogo Simon Anholt en el transcurso de una conferencia (TED, 2014):

«Hace 20 o 30 años si un pollo se resfriaba, estornudaba y moría en una aldea lejana del este de Asia, habría sido una tragedia para el pollo y sus parientes cercanos, pero no creo que fuese muy probable que temiésemos una pandemia global y la muerte de millones. Hace 20 o 30 años, si un banco en Norteamérica prestaba demasiado dinero a alguien que no podía devolver el dinero y el banco quebraba, era malo para el prestamista y para el prestatario, pero no imaginábamos que pondría de rodillas al sistema económico mundial durante casi una década. Es la globalización³.

Aunque se suscribe al completo la reflexión del asesor político, lo curioso es que, actualmente, el «pollo» sería *hashtag trending topic* en las distintas redes sociales al poco de resfriarse. Es decir, no solo estamos completamente vinculados los unos a los otros en la «realidad», también lo estamos virtualmente. Las informaciones se transmiten a una velocidad pasmosa y la comunicación entre personas de distintos países, áreas o regiones del mundo es posible en tiempo real. Las comunidades virtuales son una realidad y sus efectos solo comienzan a ser vistos y entendidos. El almirante estadounidense James Stavridis enumeró, en 2012, «las seis naciones más grandes del mundo en orden descendiente: China, India, Facebook, los Estados Unidos, Twitter e Indonesia». Es muy posible que, hoy en día, el crecimiento «demográfico» de las redes sociales sea inalcanzable para cualquier país. En torno a la cuestión de las nuevas comunidades, algunos especialistas sobre el fenómeno del islamismo reflexionan sobre la misma idea pero con distinto sujeto, fijando la atención en el fenómeno de la «*umma* virtual», la comunidad de creyentes musulmanes que están unidos por Internet y comparten experiencias y ritos a través de un dispositivo conectado a la Red.

³ ANHOLT, Simón: «¿Qué país hace el mayor bien al mundo?» [en línea]: https://www.ted.com/talks/simon_anholt_which_country_does_the_most_good_for_the_world/transcript?language=es [consultado el 10/11/2015].

Lo dicho hasta el momento corresponde a la red «superficial», sin entrar a analizar algo tan complejo como la red «profunda», una porción sustancial, parece que, incluso, bastante mayor que el Internet visible, donde el anonimato y la imposibilidad de rastreo son algunas de sus características más relevantes y, al tiempo, inquietantes. Todo ello hace de este entorno un hábitat propicio para grupos criminales, un ámbito donde se manejan todo tipo de informaciones de carácter ilegal/ilícito y se llevan a cabo negocios de muy dudosa legitimidad.

Un mundo tan interrelacionado, en el que se han sucedido vertiginosas innovaciones tecnológicas, ha vivido un cambio drástico, también, en el sistema de relaciones internacionales. Los actores más característicos del sistema mundo contemporáneo han sido los Estados pero, actualmente, esto se ha complejizado. Multinacionales, organismos internacionales, bandas criminales, «justicieros» virtuales (Anonymus), grupos terroristas, «individuos-Estado»⁴, etc., son nuevos «jugadores» de gran importancia. Nuevas variables y nuevos problemas han surgido y el «nudo gordiano» de las relaciones internacionales nunca anteriormente, en la historia, había alcanzado tales cotas de enmarañamiento. Tal es así que la diplomacia tradicional no tiene la misma validez que hace unas décadas. Los Estados no disponen de la misma fuerza y los actores no estatales «reivindican» un lugar preeminente en el nuevo orden⁵. El imparable avance de la globalización parece conllevar una «... evanescencia de las fronteras nacionales, la muerte de las distancias, la erosión de las soberanías físicas de los Estados, etc.»⁶.

Las multinacionales son, quizá, la muestra más significativa del nuevo mundo y, algunos autores achacan a su peculiar actuación a nivel global parte del «desorden» internacional: la globalización económica ha permitido desbaratar las organizaciones obreras (sindicatos) en muchos casos al igual que a los partidos políticos tradicionales; incluso, los Estado-nación se ven afectados al verse desbordados por la escalada de los gigantes del capitalismo, quienes se apoyan en una legislación neoliberal y manejan una realidad mundial que escapa a la tradicional dimensión, la nacional, en la que se mueven sindicatos, partidos y administraciones estatales⁷.

El número de multinacionales se ha multiplicado por seis en el último cuarto del siglo XX, lo cual es acorde a lo antedicho; las fronteras del Estado-nación ya no son el entorno característico de las empresas capitalistas de relieve; las estrategias empresariales,

⁴ El expresivo concepto «individuo-Estado» hace referencia a la realidad de la globalización; al aspecto reticular de la misma, al mismo tiempo holística y descentralizada... El término ha sido tomado de RAMONET, Ignacio: *Guerras del siglo XXI. Nuevos miedos, nuevas amenazas*, Barcelona, Mondadori, 2002, pp. 58-59.

⁵ MELISSEN, Jan: «The new public diplomacy: Between theory and practice», en MELISSEN, Jan (ed.): *The new public diplomacy, soft power and international relations*, p. 5.

⁶ HUTSCHENREUTER, Alberto: «Las compuertas geopolíticas del siglo XX», en *Centro Argentino de Estudios Internacionales*, Working paper 4, p. 3.

⁷ BARREDA, Andrés. «Geopolítica, recursos estratégicos y multinacionales».

financieras, productivas y de márketing han adoptado planteamientos transnacionales, como también lo hace su propio accionariado (origen plurinacional). Todo ello ha sido posible gracias a las mencionadas «Revolución de los contenedores» y la «Revolución de las Telecomunicaciones», beneficiándose de la eclosión del neoliberalismo. Ambos fenómenos combinados han propiciado un «empequeñecimiento» del mundo: el coste de los traslados de mercancías se ha reducido, al igual que los tiempos de traslado, a la vez que se ha aumentado el tonelaje susceptible de ser movido; por su parte, la rapidez y sencillez en los flujos de información facilitan cualquier acción empresarial transnacional. Todo ello ha generando un espacio productivo global, una fábrica-mundo, donde las distancias de miles de kilómetros son solo anecdóticas.

La globalización y la transnacionalización son una realidad visible en muchos de los escenarios que más llaman la atención al gran público, fruto de la conectividad donada por la revolución tecnológica de finales del siglo XX. El grupo terrorista Al Qaeda, por poner un ejemplo significativo, es «hijo» de la modernidad y adoptó las formas de la misma. El grupo wahabí tuvo su génesis en el contexto de la «guerra sucia» mantenida entre Estados Unidos y la URSS en el periodo de la Guerra Fría. Washington dirigió una *proxy war* contra los soviéticos en Afganistán y, sin quererlo, propició el surgimiento del islamismo más radical y ultramontano. En aquellos tiempos, los muyahidines afganos y el servicio secreto paquistaní (ISI), que obedecía las órdenes del general islamista Zia, eran héroes que luchaban contra las «hordas» comunistas. Tal realidad bélica (guerra Afgano-Soviética, 1979-1989) se conoció en Estados Unidos como la *good yihad*, y es un fenómeno que está en el origen de la actual «internacional yihadista». Combatientes de más de un centenar de nacionalidades se embarcaron en una «misión sagrada», transnacional, apoyados y financiados por las «petromonarquías» del Golfo y los Estados Unidos, entre otros. Y fue en ese entorno donde nació la multinacional del terror: La Base (Al Qaeda)⁸. Criatura esta que se había beneficiado de la rivalidad de las superpotencias y había madurado en un contexto de crimen y guerrilla, apoyada por uno de los bandos en liza. Los denominados *freedom fighters* afganos fueron «abandonados» por Washington una vez cumplieron con su cometido, a saber, expulsar al ejército rojo de Afganistán. Lo dicho fue considerado por muchos líderes y combatientes islamistas como una traición y el antiguo benefactor se tornó en enemigo. Las tecnologías de la innovación y la comunicación (TIC), la desregulación de los mercados y el crecimiento de las multinacionales facilitaron, en buena medida, que grupos terroristas y bandas criminales de distintas latitudes establecieran contacto y mantuvieran relaciones mutuamente beneficiosas. Una manera clara de abrir vías de desarrollo eficaz y práctico a todo un nuevo terrorismo que solo precisaba de un nexo de unión entre sí lo suficientemente fuerte y

⁸ En torno a la cuestión del islamismo y sus manifestaciones terroristas más actuales, la monografía sobre la que se sustentan los comentarios del presente artículo es MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Islam e islamismos: Religión e ideología*, Madrid, FINVESPOL, 2014.

cohesivo como para traducirse en una amenaza muy real, algo que por desgracia cada vez se está comprobando de manera más cabal.

La internacionalización, las fusiones y las OPAS llegaron al mundo del terrorismo y del crimen, puesto que, lógicamente, estas organizaciones se aprovechan del medio en el que se desarrollan y de las oportunidades que les brinda. Y es, desde este punto de vista, que se puede afirmar que Al Qaeda es fruto de su tiempo; representa una «marca comercial» de éxito bajo la que se agrupan distintas organizaciones filiales. Es una multinacional del terrorismo que tiene redes financieras de captación de fondos, nodos mediáticos y comunicacionales, fuentes de aprovisionamiento, centros de enseñanza y de formación, órganos de propaganda... Igual que una multinacional económica, diversifica y se extiende por cuantos países puede, obteniendo los mayores «beneficios» de cada zona o región en la que logra su implantación. Los ataques terroristas en todas las esquinas del planeta son, por supuesto, la muestra más macabra del carácter multinacional de La Base, en el mismo sentido que lo son sus miembros en función del lugar de nacimiento (origen plurinacional).

Una de esas filiales de Al Qaeda, su marca blanca en Mesopotamia, está en la génesis del autoproclamado Estado Islámico (ISIS). Este grupo es también un ejemplo de la globalizada posmodernidad de la que hemos venido hablando. Aunque parezca contradictorio, tanto Al Qaeda como Estado Islámico son plenamente actuales («hijos de su tiempo»), si bien usan un discurso que proclama el retorno a la época del Profeta y de sus compañeros. Pero esta retórica reaccionaria no ha de llevar al lector a engaño, puesto que, por ejemplo, el ISIS difunde sus proclamas y emite sus arengas por Internet, publica revistas en inglés, tiene productoras cinematográficas que se encargan de sus macabros montajes filmicos –que poco han de envidiar al mejor tráiler de Hollywood–, presenta «resultados» al final de año (como lo hace cualquier gran multinacional), crea *apps* para móvil que permite seguir lo que está pasando en el Califato, tiene *merchandising*, diversifica su economía (petróleo, impuestos, tráfico de armas, tráfico de personas, trata de blancas, tráfico de obras de arte...) y administra el territorio que controla tal y como lo hiciese un Estado. Tanto Al Qaeda como el ISIS proclaman una retropía que se vale de los artilugios actuales para obtener sus fines.

Lo cierto es que el sistema-mundo se ha diversificado y los Estados nación ya no son los únicos actores a tener en cuenta en el tablero internacional. Hay zonas del planeta donde la anarquía reina más o menos a sus anchas (Sahel); grupos insurgentes que controlan territorios y actúan como Estados sin serlo (Hezbollah); existen multinacionales que tienen mayor peso en el PIB que muchos Estados (Exxon); organizaciones terroristas transnacionales sin más intenciones inmediatas que dañar al enemigo allá donde este se encuentre (Al Qaeda); tribus que se rebelan ante las fronteras creadas por los europeos (tuaregs)... A esta diversificación le acompaña una nueva forma de entender la guerra mucho menos acorde a la tradición militar occidental: la denominada guerra asimétrica.

El histórico y longevo político estadounidense Henry Kissinger se pronunció con respecto a la realidad del mundo presente en la misma línea que se está argumentando en el presente artículo, al decir:

«El caos nos está amenazando, por medio de la proliferación de armas de destrucción masiva y el terrorismo transnacional. Hoy en día hay un fenómeno de territorios sin gobierno, y hemos visto lo acaecido en Libia, por ejemplo, donde un área no controlado por un gobierno puede tener un enorme impacto sobre el desorden mundial. El Estado como unidad está siendo atacado, no en todo el planeta, pero sí en muchas partes del mismo⁹».

Las nuevas amenazas violentas provienen de espacios amorfos e indefinidos que se han venido a denominar «*espacios a-estatales de violencia variable*»¹⁰. Esto hace que se de la siguiente realidad: «*El sistema internacional es inestable, cada vez más variado y turbulento*»¹¹. El desorden mundial, cuya génesis se puede encontrar en la implosión de la URSS y el fin del «tenso orden» de la Guerra Fría, ha generado nuevos desafíos como son el tráfico de personas, la esclavitud, el terrorismo en sus diversas manifestaciones, el narcotráfico, los desastres ambientales y pandemias, el cambio climático... Problemas que, acorde a lo que se está enunciando en el presente texto, han de ser abordados desde una perspectiva global puesto que las incertidumbres mundiales no pueden ser solucionadas solo con medidas nacionales ni obedecen a criterios regionales en su planteamiento. Siquiera el «gendarme» del mundo –EE.UU.– puede acometer con éxito tamaña labor. Es el tiempo del pacto y la multilateralidad, algo que, bien mirado, trasciende a organismos tan aparentemente potentes como la OTAN que siguen minados por las seculares disensiones entre sus miembros (el larvado pero denso enfrentamiento entre Turquía y Grecia ejemplifica lo dicho). Tiempo de estrategias que sean capaces, una vez puestas en práctica con decisión e inteligencia, no solo de frenar, sino de desactivar aquellos nidos de terrorismo fanático. Solo incidiendo en las causas profundas se puede abordar con algún éxito el crimen y el terrorismo de escala planetaria, cuyos síntomas golpean, de vez en cuando, a Europa y de seguido a las conciencias de los occidentales.

«Desorden» y asimetría

El panorama mundial actual es heredero de la descomposición de la URSS y la consiguiente desarticulación del sistema bipolar característico de la Guerra Fría (1947-1991). El tiempo

⁹ VON MITTELSTAEDT, Juliane y FOLLATH, Erich: «Interview with Henry Kissinger» [en línea], en *Der Spiegel*, <http://www.spiegel.de/international/world/interview-with-henry-kissinger-on-state-of-global-politics-a-1002073.html> [consultado el 14/11/2015]. Traducción del inglés al castellano por el autor.

¹⁰ HUTSCHENREUTER, Alberto: «Las compuertas geopolíticas del siglo XX», p. 7.

¹¹ GREVI, Giovanni: «Introducción. Renovar la política exterior de la UE», en GREVI, G., y KEOHANE, D. (eds.): *Desafíos para la política exterior europea en 2013. Renovar el papel de la UE en el mundo*, Madrid, FRIDE, 2012, p. 16.

que va de 1989 (caída del muro de Berlín) a 1991 (caída de la URSS) es el punto de inflexión de la actual era histórica, si bien hay quienes lo ponen en duda¹². El fin del socialismo real y la victoria del capitalismo son realidades incontestables, aunque todavía subsistan regímenes reliquias como Corea del Norte o Cuba. El caso del «socialismo de mercado» chino es un fenómeno particular de adaptación al medio.

Una breve reconstrucción de la caída del gigante soviético ha de situar el comienzo del fin de la URSS en la última etapa de Breznev, a finales de los setenta y principios de los ochenta, cuando el sistema de economía planificada de la Unión Soviética mostraba claros síntomas de agotamiento. Los rasgos más significativo de aquel periodo fueron la ineficiencia, el despilfarro, la deficiente asignación de los recursos, una burocracia excesiva y una corrupción generalizada, todo lo cual se retroalimentaba y generaba un fenómeno de asfixia del sistema. La URSS se mostraba cada vez más incapaz de competir con Estados Unidos, que estaba iniciando una profunda transformación de su modelo productivo. La URSS tenía una «ridícula» industria de bienes de consumo frente a la hipertrofiada industria de bienes de equipo: las necesidades de la población soviética no se veían satisfechas con la producción nacional y el país se hallaba en la tesitura –poco acorde con las esencias marxistas soviéticas– de importar buena parte de aquellos productos. Ante el déficit en la producción agrícola había que importar alimentos del exterior, algo que venía siendo endémico desde los años sesenta y que los planes quinquenales no paliaron sino en contadas ocasiones. Esto suponía un grave problema para la balanza comercial.

Aunque los desfiles militares en la Plaza Roja de Moscú impresionaban al mundo y hacían temblar a sus rivales capitalistas, la URSS vivía también una enorme crisis política dentro del Partido Comunista. Una élite envejecida había establecido poderosas redes de clientelismo y se había asentado firmemente en el poder. Fruto de ello, las corruptelas políticas eran habituales y se impidió la llegada de «savia joven» a los órganos de decisión. Además, el Partido dirigía el mejor capital humano disponible a la investigación y fabricación de ingenios militares y espaciales, inhibiendo de creatividad al resto de los sectores productivos, muy dañados también por la falta de incentivos a pesar de la presencia de genialidades de enorme importancia entre los cuadros más aventajados surgidos del sistema superior de enseñanza comunista.

¹² El mediático historiador escocés Niall Ferguson ha defendido una fecha alternativa para dar la bienvenida al mundo actual, a saber: 1979. Fecha que coincide con la Revolución Islámica de Irán y la invasión soviética de Afganistán, lo que dio origen a la guerra Afgano-Soviética, fenómenos ambos que están en el origen del islamismo radical. Véase FERGUSON, Niall: «El año en que el mundo cambió de verdad», *La Vanguardia (Dossier)*, 34 (2010). En el mismo sentido aunque de forma más sistemática, Cristian Caryl señala en *Strange Rebels: 1979 and the Birth of the 21st Century*, que 1979 fue la fecha clave que marca el comienzo de una nueva era. A los acontecimientos ligados al islamismo, Caryl apunta que la revolución económica en China y el cambio político en Gran Bretaña –Margaret Thatcher– vienen a completar el comienzo de un ciclo de transformaciones mundiales que permiten hablar del nacimiento del siglo XXI en las estribaciones de la década de los ochenta del siglo pasado.

La llegada en 1985 de Mijaíl Gorbachov a la cúspide del poder soviético se demostró demasiado tardía. Sus proyectos reformistas, la *perestroika* y la *glasnost*, chocaron con la resistencia de amplios sectores de la inmovilista gerontocracia soviética temerosa ante cualquier indicio de aperturismo o de apartamiento de la *nomenklatura*. Los cambios, aunque limitados, abrieron una espita por la que salió todo el descontento acumulado con el régimen marxista. Los problemas económicos y los causados por los nacionalismos fueron los factores más consistentes en el camino a la desintegración de la URSS. En media docena de años (1985-1991) desapareció una de las dos grandes superpotencias de la segunda mitad del siglo XX. El aparentemente monolítico y sólido poderío soviético, que *aterraba* a medio mundo con su «ejército rojo», fue barrido por el vendaval de la historia –y la acertada política estadounidense– ante el asombro de los analistas internacionales, que no daban crédito a lo que ocurría con tanta celeridad más allá del Telón de Acero y a quienes cogió por sorpresa la inesperada implosión de la Unión de Repúblicas.

El fin del «imperio» soviético y el retraimiento de la influencia de Moscú en el mundo, tuvo influencias más hondas: el comunismo dejó de ser una alternativa ideológica al capitalismo y fue por ello que algunos proclamaron «el fin de la Historia»¹³. La victoria de Estados Unidos en la Guerra Fría suponía el triunfo indiscutible de su modelo económico, social, político y cultural; no había más opciones para ciertos analistas. La economía de mercado y la sociedad liberal, sin enemigos capaces de articular modelos alternativos globales, habían de pasar a extenderse por todo el mundo con EE.UU. como líder. El viejo paradigma victoriano de una historia tendente al progreso dirigido por el liberalismo político y económico, que tarde o temprano llevaría a todos los rincones del planeta al bienestar, se reactualizó fugazmente tras la desaparición de la URSS. Aunque pronto se vería que el *American way of life* no era aplicable a todo el mundo y que los intentos modernizadores en algunos países del denominado tercer mundo no tuvieron el éxito previsto, lo cual causó desencanto y resistencia al capitalismo mundial y a la aculturación consiguiente al mismo.

Tras el triunfo de Estados Unidos en la Guerra Fría, las administraciones Clinton favorecieron la extensión del *Soft Power*. El «HHMMS» o Síndrome Harvard y Hollywood, McDonald's y Microsoft, se extendió por grandes extensiones del planeta¹⁴. La superioridad científica y tecnológica (investigación, innovación, universidades...), cultural (cine) y la difusión de un modo de vida propio de los norteamericanos (*fast food*) comenzó a verse en los años noventa como una forma de colonización cultural. A pesar de lo que pudiese pensarse y para contrariedad de la mayor parte de los estadounidenses, hubo una reacción adversa en gran número de sociedades o en importantes y cada vez más nutridas capas de las mismas. Fueron muchos los que consideraron que la inclusión de las formas de vida, la estética o los valores norteamericanos eran una especie de «caballo de Troya» destinado a la destrucción

¹³ Véase FUKUYAMA, Francis: *The end of the History and the last man*, Nueva York, The Free Press, 1992.

¹⁴ JOFFE, Josef: «Who is Afraid of Mister Big?», en *The National Interest* (2001).

de sus sociedades. Una reacción concreta y bastante significativa de lo dicho, muy precoz en el tiempo, se encuentra en los discursos islamistas que a continuación vamos a analizar. La seducción, los dones de América o de Occidente, eran entendidos como elementos inmateriales que se apoderaban de los valores y principios tradicionales de una comunidad dada de forma sibilina¹⁵. Siguiendo tal discurso, la globalización –americanización– tiene un enorme poder de «corrupción», es una tentación, y ello es lo que genera reacciones rabiosamente críticas con la misma. Por ejemplo, un videoclip de una artista pop estadounidense en el que aparecen símbolos musulmanes puede ser considerado, en el sentido de lo expuesto, como un verdadero ataque contra los valores del islam (*Dark Horse* de Katy Perry).

La desconfianza causada por la «invasión» cultural y política ha llegado a tal punto que asuntos tales como la igualdad de género o la aceptación de la homosexualidad son considerados por los resistentes a la «cultura global» como «caballos de Troya» diseñados para destruir los principios de su comunidad; en el caso de ciertos grupos musulmanes es meridiana esta realidad. Es ilustrativa la siguiente argumentación obtenida de un pequeño manual para el proselitismo:

«La mujer musulmana ha de ser irreproachable en apariencia y conducta, (...), creyente, agradecida, paciente, generosa, etc., [además de] dirigir su familia y buscar una sociedad justa y pacífica. Desde un punto de vista islámico, el moderno mundo occidental presenta una mujer oprimida y sometida a un antinatural estrés, producto este de la fascinación por un canon de moda [belleza] proyectado por los medios [de comunicación de masas], de vivir como una “super-mamá” ganando un segundo sueldo familiar o manteniendo un hogar monoparental (o casada tarde o ni eso) (...), en una sociedad materialista de “tener” o “no tener”, donde la conciencia y los valores morales han perdido su valor»¹⁶.

Aún más clara es la sentencia del teórico egipcio del islamismo radical Sayyid Qutb, que si bien pertenece a la década de los sesenta, muestra el mismo principio del que se está hablando y que ya venía fraguándose en círculos islamistas desde mediados del siglo XX, a saber, la crítica a Occidente y a su cultura:

«¡Hoy la humanidad vive en un inmenso burdel! Solo tenemos que echar un vistazo a la prensa, a las películas, a los desfiles de modelos, a los concursos de belleza, [...] ¡O bien observar la enloquecida lujuria por pieles desnudas, posturas provocativas o

¹⁵ VAN HAM, Peter: «Power, public diplomacy, and the *Pax Americana*», en MELISSEN, Jan: *The new public diplomacy, soft power and international relations*, pp. 55 y ss.

¹⁶ En *Woman in Islam*, Manama, Discover Islam, p. 12. Traducción del inglés al castellano por el autor.

pasajes enfermos o insinuantes en la literatura, en el arte y en los medios de comunicación de masas!»¹⁷.

Una sugerente teoría que viene a dar una visión complementaria al síndrome «HHMM» es la del «*Jihad vs. McWorld*», que enuncia que «... hay un choque entre, por un lado, el triunfo del capitalismo global y de un mundo unido alrededor de la comida rápida, los ordenadores rápidos y tal, y por otro, las fuerzas que se oponen a esta noción de modernidad»¹⁸. El tribalismo, la etnicidad, las especificidades religiosas son algunas de las identidades en las que se refugian aquellos que se sienten agredidos por la globalización y su cultura homogeneizadora. Todos aquellos elementos que puedan dotar de identidad a una persona en la era de la globalización, caracterizada por la búsqueda de «raigambre» y/o de sentido de pertenencia en una sociedad crecientemente «líquida», ha cobrado una enorme importancia en los últimos tiempos. El islamismo o el indigenismo son, por ejemplo, identidades baluartes contra la «americanización», contra la cultura global, que hacen bandera de la tradición e interpelan a los sentimientos.

El ejercicio del *Hard Power* conlleva acometer acciones militares y la represión pero, en general y desde la perspectiva de una identidad antiglobalización, tan malas son las tentaciones de un McDonald's y una película de Hollywood como la violencia ejercida por un dron de ataque. Esto es así porque el «poder duro» –castrense– es muy útil para doblegar a los reacios, pero es el «poder blando», el cultural, el que proporciona legitimidad, credibilidad y admiradores dispuestos a aceptar la superioridad del otro. El pensador estadounidense de origen palestino Edward W. Said escribió, refiriéndose al imperialismo occidental en los tiempos del colonialismo, que la cultura occidental impuesta no era neutral, sino que constituía un poder ejercido sobre el «otro» y llevaba inserta la premisa de la desestructuración de la sociedad nativa:

«En el imperialismo, la batalla principal se libra, desde luego, por tierra. Pero cuando toca preguntarse por quién la poseía antes, quién posee el derecho de ocuparla y trabajarla (...), resulta que todos esos asuntos habían sido reflejados, discutidos y a veces, por algún tiempo, decididos, en los relatos. [...] El poder para narrar, o para impedir que otros relatos se formen y emerjan en su lugar, es muy importante para la cultura y el imperialismo, y constituye uno de los principales vínculos entre ambos»¹⁹.

En el tiempo de las sociedades posmodernas, donde las comunicaciones y las informaciones se transmiten en cantidad y velocidad nunca vista anteriormente, es posible que el argumento de Said tenga aún más vigencia que en el caso donde lo aplica. Estados Unidos no

¹⁷ QUTB, Sayyid: *A la sombra del Corán*, tomado de DELGADO AGUDO, J.: «Convulsión mundial en el campo de la seguridad», en *Cuadernos de Seguridad y Policía*, 2 (2006), p. 22.

¹⁸ CARLIN, John: «Yihad versus McMundo», en *El País*, 14 de septiembre 2015.

¹⁹ SAID, Edward W.: *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 2004, p. 13.

es un imperio a la sazón, pero puede ser un imperio «posmoderno» donde la dominación cultural y el control económico sustituyan las «botas sobre el terreno» que se dieron en los imperios clásicos. En cualquier caso, no se han de olvidar las invasiones de Afganistán (2001) y, especialmente, de Iraq (2003), momentos en los que se pudo apreciar que Estados Unidos podía ser un imperio «posmoderno» pero tenía la capacidad militar que antaño tuvieron las viejas metrópolis coloniales. La caída de la URSS dejó el liderazgo del mundo en manos de Washington y su potencial militar desde entonces no ha tenido rival, pero se está comprobando no sin asombro, resulta ineficaz para combatir una forma de guerra (la asimétrica) en la que el planteamiento y las fórmulas de enfrentamiento ignoran las «reglas de la conflagración bélica».

Lo cierto es que el sistema bipolar de la Guerra Fría, era un sistema equilibrado respecto a las relaciones internacionales, al regirse por el miedo mutuo y el respeto nominal al enemigo. Pero esto cambió en 1991, cuando se pasó de dos superpotencias con sus respectivos aliados mundiales (la «tercera vía» –países no implicados– no tuvo importancia real), a un escenario unipolar en el que Estados Unidos se convirtió en el gendarme del mundo. La falta de un contrapeso a la potencia norteamericana descontroló el sistema internacional: se pasó al unilateralismo y al «desorden». Ruanda, Bosnia, Kosovo, Afganistán e Iraq han sido las intervenciones más destacadas de EE.UU. tras la Guerra Fría²⁰. Algunas no han tenido, por decirlo de alguna manera, un éxito todo lo rotundo que sus promotores pensaron que debieron tener. En el caso de los dos países asiáticos hay un consenso general sobre lo erróneo de la intervención estadounidense; más aún, muchos son los que las consideran generadoras de caos.

La intervención de la OTAN en Serbia en 1999 bajo el calificativo de «guerra humanitaria», que acabó generando la independencia fáctica de Kosovo, fue una de las primeras graves ofensas al heredero del imperio soviético, Rusia, que dejaba a las claras el poder hegemónico estadounidense en coalición con sus socios sin ella. Lo improbable de un holocausto nuclear, el alejamiento del «gran miedo», daba alas a la política exterior de Washington. Además, la OTAN, una organización diseñada para la Guerra Fría, pervivía. El atlantismo hubo de transformarse para afrontar los nuevos «retos» internacionales, léase China, Rusia y los *rogue states* (Estados canallas), países hostiles a Estados Unidos que, teóricamente, tienen o quieren tener armas de destrucción masiva y desarrollan programas de misiles «sospechosos», además de patrocinar el terrorismo y no suscribir los acuerdos internacionales básicos. En los años noventa, Estados Unidos pudo pensar que no tenía rival²¹. La pega estribó en que ante esta percepción, las otras potencias del mundo no

²⁰ STEWART, Rory: «Time to end the war in Afghanistan» [en línea], https://www.ted.com/talks/rory_stewart_time_to_end_the_war_in_afghanistan/transcript?language=es [consultado el 10/11/2015].

²¹ Tal fue la situación que el alto mando estadounidense llegó a pensar en la necesidad de «crear» un enemigo. El analista político-militar Thomas Barnett expresó certera y humorísticamente la disyuntiva en la que se

occidental y los actores no estatales también se percataron de la titánica fuerza de Washington, y comenzaron a reflexionar y teorizar sobre el futuro de un enfrentamiento bélico contra la potencia norteamericana, en el que pretendían tener ciertas opciones de victoria.

Por ello, no es casual que en los noventa naciesen las principales teorías y comenzase la praxis de la guerra asimétrica; a saber, pequeños actores internacionales –estatales o no– que son capaces de atacar y plantar cara a grandes potencias a través de estrategias y tácticas de combate no convencionales. Este concepto tiene distintos matices y nomenclaturas, si bien, en esencia, se refieren a las mismas cuestiones: «guerras de tercera ola», «guerras de 4ª generación» y «guerras de cuarta época»²². La revolución tecnológica actual y el fenómeno de la globalización han permitido que nazca una nueva generación de conflictos bélicos. Se trata de una guerra que no sigue las tradiciones militares convencionales, no se adhiere a los comportamientos socio-militares clásicos y se renueva permanente a la búsqueda de la sorpresa y de una mayor eficacia para hacer frente a la superioridad militar enemiga.

La clave del éxito de estos pequeños países o grupos no estatales fue asumir la imposibilidad de una victoria militar al uso. Sobre la base de ese axioma, buscaron alternativas y se llegó a la brillante conclusión de que no hace falta vencer al enemigo, solo hay que causarle tantos daños –materiales o psicológicos– que prefiera retirarse antes que seguir combatiendo. Había que convencer a «Goliat» de que la guerra no le merecía la pena. Y esto se había de hacer en otros planos distintos del estrictamente militar, o complementándolo. Y aquí radican algunos de los desafíos del mundo presente; a saber, el terrorismo cibernético, la ciberguerra, la guerrilla-insurgencia, el terrorismo, la guerra económica, la guerra geográfica (terrorismo contra el medio natural), ciertas prácticas criminales, la guerra psicológica, la propaganda masiva a través de las TIC y todo modo susceptible de conducir al fin enunciado. En cualquier caso, si algo ha de destacarse en la guerra asimétrica, debe ser el uso de los medios de comunicación de masas para dar difusión a sus ideas y principios, extender el terror entre los enemigos y amenazar a la «audiencia» neutral con represalias en caso de tomar parte del lado «incorrecto». El reputado historiador británico Philip Taylor expresaba a la perfección la importancia, hoy en día, de «la propaganda y la manipulación de la

encontraron los militares estadounidenses a principios de la última década del siglo pasado: «El problema es que necesitas un oponente grande y sexy con quien pelear. Y si no puedes conseguirlo tienes que crear uno. China, agigántala, ¡se va a ver muy sexy!». En BARNETT, Thomas: «Let's rethink America's military strategy» [en línea], https://www.ted.com/talks/thomas_barnett_draws_a_new_map_for_peace/transcript?language=es [consultado el 08/10/2015].

²² MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: «Estudio introductorio: La asimetría en clave bélica», en MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel y PUELL DE LA VILLA, Fernando (eds.): *David frente a Goliat: guerra y asimetría en la edad contemporánea*, Madrid, IUGM, 2014.

psique», actos que «se han convertido en una alternativa real a la guerra [convencional]»²³. El poder de los medios de comunicación y su potencialidad para ganar voluntades, queda patente en la sentencia pronunciada por la secretaria de Estado de la administración Clinton, Madeleine Albright, quien señaló: «La cadena CNN es el decimosexto miembro del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas»²⁴.

Los coroneles chinos Liang y Xianghui sistematizaron, a finales de los noventa, lo que había de ser el nuevo tipo de conflagración bélica bajo el sugerente título *La guerra más allá de las reglas: evaluación de la guerra y de los métodos de guerra en la era de la globalización*²⁵; texto en el que proponían ignorar las reglas y tradiciones de los enfrentamientos castrenses convencionales, en base a las cuales no tenían opciones de derrotar a Estados Unidos, pasando a adoptar una amplia panoplia de instrumentos de guerra. Algunos de ellos ya han sido mencionados al hablar del conflicto asimétrico. Entre los contemplados estaban las armas de destrucción masiva.

El nuevo milenio trajo consigo la praxis de la guerra asimétrica con el secuestro y uso «militar» de cuatro aviones de pasajeros, a la manera de misiles (Estados Unidos, septiembre de 2001). Los ataques cibernéticos a distintos organismos de la administración estadounidense (robo de datos de 4 millones de funcionarios, 2015) o a multinacionales de medio mundo, cuyos autores algunos sitúan en China, también se han de incluir dentro de las nuevas formas de enfrentamiento. En el mismo sentido, el envío de tropas «voluntarias» no uniformadas dentro de un país soberano con el que no se está en guerra, puede mostrar las dinámicas y riesgos del mundo presente (Crisis de Crimea, 2014). Se ha de destacar la vertiente asimétrica de la organización terrorista autodenominada Estado Islámico, que lleva a cabo ataques terroristas con evidentes fines propagandísticos (grabaciones) y económicos (dañar la economía de los países). El impacto mediático del grupo está fuera de toda duda; el uso de las redes sociales e Internet para obtener beneficios estratégicos es, al mismo nivel, magistral y macabro. Se habla de vertiente asimétrica porque, en realidad, el grupo usa la denominada «guerra híbrida», es decir, la combinación de la regular y la asimétrica. Planteamiento lógico puesto que la organización mesopotámica es, al tiempo, grupo terrorista y Estado en ciernes o ya no tanto.

²³ TAYLOR, Philip M.: *Munitions of the mind. A history of propaganda from the ancient world to the present day*, Manchester, Manchester University Press, 2003, p. 8. Traducción del inglés al castellano por el autor. En torno a la importancia de la propaganda en la Historia Contemporánea, ver GÓMEZ OCHOA, Fidel Ángel, GOÑI PÉREZ, José Manuel, y MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *La Guerra. Retórica y propaganda (1860-1970)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015.

²⁴ Cita tomada de RAMONET, Ignacio: *Guerras del siglo XXI*, p. 7.

²⁵ LIANG, Q. y XIANGHUI, W.: *La guerra más allá de las reglas: evaluación de los métodos de guerra en la era de la globalización*, Pekín, Prensa de Artes del Ejército de Liberación Popular Chino, 1999.

LOS VIEJOS ESTADOS Y LAS NUEVAS DINÁMICAS

El final de la URSS, ya señalado con anterioridad, generó un gran vacío de poder en el mundo, además de una quiebra del paradigma socio-político comunista, que desestabilizó amplias regiones del planeta. El Moscú socialista había sido un verdadero sostén – ideológico, militar y económico– de muchos regímenes del mundo que, ante la quiebra del gigante comunista, quedaron desamparados. La llegada de los estadounidenses a áreas de tradicional influencia soviética no vino sino a generar más problemas en ciertos Estados, acarrea un cambio de élites y ello provocó problemas de todo tipo. Al tiempo, la orfandad ideológica ante el capitalismo-democracia liberal generó la búsqueda de «nuevas» identidades de resistencia al nuevo sistema hegemónico: el tribalismo, la religión y la etnicidad fueron la respuesta a la cultura homogeneizadora en amplias franjas de terreno planetario. Aquellas alimentaban destacadamente los imaginarios «resistentes» al *McWorld*. Todo ello se tradujo en una enorme inestabilidad.

En la última década del siglo XX el 85 por ciento de los conflictos bélicos del planeta se dieron en el interior de un Estado (guerras intestinas)²⁶. En general, la mayor parte de los choques bélicos fueron de ámbito local o regional y de «baja intensidad». Ello no quiere decir que se caracterizasen por un escaso número de bajas, sino que no fueron conflagraciones entre grandes ejércitos ni se usaron grandes ingenios armamentísticos. Esto se debía a la misma realidad de los países o áreas donde se daban mayoritariamente esos conflictos: territorios desestructurados, sin un Estado fuerte, que presentaban graves problemas económicos y que solían ser espacios en crisis permanente... Eran lo que se viene a denominar «Estados fallidos». Estos fueron los territorios que más posibilidades tenían de padecer el fenómeno de la guerra fratricida, generalmente enquistada durante años y caracterizada por enormes cotas de violencia.

Las guerras civiles o la existencia de «guerrillas», «insurgentes», «terroristas» o «milicianos» en ciertos países desestructurados generan una serie de fenómenos anexos que, actualmente, constituyen algunos de los mayores retos para la comunidad internacional. La cuestión de los refugiados, la muerte de civiles en los conflictos, la existencia de «niños soldado», las «limpiezas étnicas» (genocidios), la proliferación de grupúsculos armados, el tráfico de armas, la inexistencia de fronteras, la esclavitud, el tráfico de personas... son fenómenos que tienen un efecto devastador también para los países vecinos puesto que suelen generar una desestabilización regional; a saber, campos de refugiados abarrotados en terceros países y su consiguiente conflictividad, infiltración de combatientes, multiplicación de bandas criminales al calor de negocios ilícitos (la debilidad estatal genera un entorno

²⁶ MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Sociedad Contemporánea*, Barcelona, FUNIBER, 2014, p. 136.

ideal para la ilegalidad)... En definitiva, se ha dado la «somalización» de amplias áreas del mundo²⁷.

Pero dónde estaban situados tales espacios desestructurados y por qué presentaban tales problemáticas. Atendiendo a Thomas Barnett y en base a las «intervenciones militares» (envío de tropas) estadounidenses entre 1991 y 2003 (132 misiones), las zonas del mundo más inestables son «las estribaciones del Caribe, la mayor parte de África, los Balcanes, el Cáucaso, Asia Central, Oriente Medio y el Sureste asiático»²⁸. Hoy en día, el Sahel, el Magreb y el Máshrek también deberían ser incluidos en la lista. Atendiendo a la teoría defendida por el citado analista estadounidense, la explicación a tal realidad es que aquellas son áreas donde la globalización no ha «triunfado» y donde esta encuentra más resistencias, lo que se debe a las propias dinámicas internas de tales territorios, a saber: sistemas políticos represivos, conflicto endémico y extrema pobreza.

Siguiendo con la formulación de Barnett, la resistencia a la globalización genera inestabilidad y provoca guerras y crisis permanentes. La solución dada por el analista norteamericano vendría, pues, de la inclusión de tales áreas en el mundo globalizado, venciendo las resistencias a la misma. Una mejor imbricación económica en el sistema-mundo, más seguridad y democracia generarían un planeta más seguro²⁹. A esta teoría se la puede criticar que no parece que tenga en cuenta la «cara tenebrosa» de la globalización; es decir, la «fábrica mundial» necesita de «talleres sudor» –labores de montaje– y de mano de obra barata, requiere materias primas extraídas en países sin conflictividad social o con la capacidad de reprimirla de forma contundente y parece exigir la existencia de una periferia explotada para que se mantenga la riqueza del centro económico capitalista.

Además, la globalización cultural –americanización– genera rechazo en muchas áreas del mundo, puesto que es vista como contraria a tradiciones y sistemas de valores de multitud de comunidades. A lo dicho, se ha de sumar la unilateralidad con la que actuó Estados Unidos al invadir Iraq en 2003, fuera del amparo de una resolución de Naciones Unidas; lo cual generó numerosísimas críticas en amplias capas de la población e, incluso, en gobiernos

²⁷ La expresión «somalización» se toma del artículo de GUTIÉRREZ DE TERÁN, Ignacio: «La somalización del islam político: el punto de inflexión del choque de islamismos en África», en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 93-94 (2011), pp. 129-146.

²⁸ Transcripción de la entrevista televisiva de la cadena estadounidense CNN al doctor Thomas Barnett [en línea], <http://thomaspmbarnett.com/globlogization/2010/6/12/blast-from-my-past-first-time-on-national-tv.html> [consultado el 17/11/2015]. Traducción del inglés al castellano por el autor.

²⁹ Aunque parezca difícil de conseguir, la política exterior de la Unión Europea parece haberse encaminado, en los últimos años, a ese tipo de actuaciones internacionales, especialmente en las áreas de vecindad. La promesa de inclusión en el club europeo, las ayudas económicas, los acuerdos de libre comercio, las ayudas al desarrollo o una política poco restrictiva en la concesión de visados, han sido algunas de las estrategias con las que Bruselas ha intentado atraer a la democracia y lo que ella conlleva a algunos de sus vecinos (Europa del Este y ribera sur del Mediterráneo). A este respecto véase YOUNGS, Richard: «The EU's geopolitical crossroads in the Middle East» (en línea), en *Eurasia Review*, http://fride.org/download/15.03.2015_EurasiaReview_US_RY.pdf [Consultado el 29 de septiembre de 2015].

aliados. Aunque Washington no tenía rival militar tras la caída del bloque soviético, la invasión unilateral de Iraq vino a certificar la realidad aludida y mostró, contundentemente, que estaba dispuesto a emplear las armas en caso de considerarlo necesario; la administración Bush junior parecía asumir la máxima atribuida a Federico II de Prusia: «prefiero que me teman a que me amen». Ello provocó reacciones «antiamericanas» en medio mundo y se tachó a la potencia atlántica de *Globocop*³⁰. Por lo tanto, hay motivos de índole cultural en el rechazo de ciertos colectivos-imaginarios a la globalización, que disciernen en coordenadas de cultura procedente de Estados Unidos y, por asociación, de todo Occidente.

Ahondando en la cuestión, el doble rasero con el que Washington actúa en el mundo, bien visible en sus vetos en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, ha minado su autoridad moral, algo que ya era perceptible en amplios sectores del mundo occidental desde la década de los sesenta, pero que tras la caída de la Unión Soviética y de su entramado de Repúblicas Populares, se ha demostrado como muy palmario, dejando, en ocasiones solo al gran coloso occidental. Los musulmanes del mundo, por poner un ejemplo significativo, censuran de forma permanente la política exterior de Estados Unidos en relación a Israel, Estado que incumple varias resoluciones de la ONU, para lo cual cuenta con el aval de la gran potencia norteamericana. Lo dicho, sin entrar a valorar el mismo papel de la organización internacional, a la que muchos tildan de poco representativa e inútil, cuando menos y que se rige por una estructura reglamentaria que cuenta con casi setenta años... Ello genera más frustración y desazón en amplias capas de la población del mundo, las cuales pueden ser susceptibles de sufrir graves injusticias e rupturas del derecho internacional y, sin embargo, la ONU actuaría de forma más simbólica que real.

La caída del bloque soviético y el fin del «equilibrio del terror» llevó a una extensión de la esfera de influencia estadounidense por el mundo y, con ella, su sistema económico y su cultura³¹. Pero, ya se ha dicho, el progreso material, la democracia y las libertades no se extendieron por el mundo, a pesar de los optimistas vaticinios de algunos analistas. Muy al contrario, la faz menos amable del capitalismo –desigualdades, explotación, injusticia social...– hizo acto de presencia en amplias áreas del planeta, si bien es cierto que en la mayor parte de ellas ya existían tales condiciones, habitualmente generadas por procesos descolonizadores traumáticos y por una suerte de posterior neocolonialismo económico. El fin de la Guerra Fría y el triunfo del capitalismo no se tradujeron en un aumento del desarrollo para los distintos países del tercer mundo. La precariedad económica y las identidades reaccionarias a la cultura global, formaron un binomio que, en buena medida, explica lo que se esconde, hoy en día, detrás de la mayor parte de los grupos terroristas de

³⁰ VAN HAM, Peter: «Power, public diplomacy, and the *Pax Americana*», p. 47.

³¹ La expresión «equilibrio del terror» ha sido tomada de KOURLIANDSKY, Joan-Jacques: «Nuevas amenazas, un concepto relativo», en *La Vanguardia (Dossier)*, 34 (2010), p. 85.

ideología islamista. También se puede citar, en el mismo sentido, a los movimientos indigenistas hispanoamericanos, para no recurrir siempre al caso musulmán.

La fuerza Leviatán: EE.UU.

Estados Unidos de América comenzó a apuntar maneras de potencia mundial a finales del siglo XIX, momento en el que los españoles sufrieron una dolorosa derrota a manos del Ejército y de la Armada *yankee* en la denominada guerra Hispano-Estadounidense (1898). La Primera Guerra Mundial vino a certificar la creciente importancia de la potencia allende el Atlántico, decisiva en el final de la citada contienda. La Segunda Guerra Mundial significó el fin definitivo de la hegemonía de los poderes europeos y el traspaso del «cetro» imperial a nuevas potencias excéntricas al «corazón del viejo continente»: EE.UU. y la URSS. Tras la segunda conflagración mundial (1947), se dio el comienzo de la Guerra Fría y el sistema mundo bipolar, donde dos superpotencias «ordenaban» el mundo en función de sus respectivas esferas de influencia. El temor a un «apocalipsis» nuclear sirvió para mantener una paz «caliente» durante décadas. Pero la implosión del Estado soviético en 1991 generó una gran alteración en el orden mundial. Un nuevo sistema de relaciones internacionales que ha sido y es definido, dependiendo del especialista de referencia que se tome, de varias formas; algunos hablan de unos Estados Unidos hegemónicos (teoría unipolar) y otros se inclinan a pensar en un escenario con múltiples actores de importancia (teoría multipolar).

El prestigioso periodista Ignacio Ramonet es un buen exponente de la primera opción. Este está convencido de que EE.UU. es la «hiperpotencia» del mundo, algo que ya era así tras la caída de la URSS, si bien fue una realidad que se hizo más palmaria a comienzos del nuevo milenio, tras el 11-S y en el transcurso de los sucesos consiguientes al mismo, o sea, la «sumisión» de todos los países del mundo a los designios de la administración Bush junior y, según Ramonet, la actuación internacional libre de cualquier cortapisa por parte de Washington (unilateralismo), que llevó a la invasión de un país sin mandato de la ONU³². El politólogo Peter Van Ham también se pronunció en el sentido de Ramonet; a saber, las invasiones de Afganistán e Iraq fueron una demostración de fuerza que muestran a las claras el poder de la potencia norteamericana. Esta cuenta con un millón de soldados en cuatro continentes, es la primera economía del mundo, sus flotas (en todos los océanos) controlan y protegen el comercio marítimo mundial, es capaz de garantizar la seguridad de varios Estados muy amenazados tales como Israel, Corea del Sur y Taiwán, y «llena la mente y los corazones de un planeta que comparte sus sueños y deseos»³³. El ya citado Thomas Barnett también comparte la idea de la superioridad estadounidense, para lo cual pone el acento en el poder militar y parece despreciar el peligro de la guerra asimétrica: «No existe un espacio de batalla [al] que el ejército de EE.UU. no pueda acceder. [...] Si EE.UU. lucha contra alguien

³² RAMONET, Ignacio: *Guerras del siglo XXI*, pp. 54-56.

³³ VAN HAM, Peter: «Power, public diplomacy, and the *Pax Americana*», p. 50.

[...] vamos a ser enormes y ellos pequeños. Y si ellos intentan pelear en el sentido tradicional y directo [...] les patearemos el trasero; que es por lo que ya nadie trata de hacerlo»³⁴.

Sin embargo, hay autores que se muestran en desacuerdo con la visión del mundo unipolar. La teoría de la degradación del poder de Estados Unidos viene a decir que la superpotencia que salió vencedora de la Guerra Fría se muestra crecientemente incapaz de «ordenar» el mundo: «tiene cada vez menos voluntad y menos poder de influencia, precisamente cuando más importante es un liderazgo internacional»³⁵. La menguante fuerza de la potencia norteamericana no tendría demasiado que ver con un debilitamiento de su poder militar, a día de hoy inigualable (tamaño del ejército, gasto en defensa, armamento, «robots», artefactos nucleares...), sino con las reacciones asimétricas de multitud de colectivos y Estados que se resisten a la hegemonía de Washington³⁶. El coronel Ignacio Cobo se ha pronunciado en este sentido. En su parecer la *pax americana* ha llegado a su fin, hipótesis que justifica por los nuevos desafíos del sistema mundo y el surgimiento de nuevos polos de poder dentro de los cuales destacan los casos de China y Rusia³⁷.

Lo cierto es que, si se atiende al *Hard Power*, es muy posible que se llegue a la conclusión de que nadie, actualmente, puede hacer frente a Estados Unidos. Su presupuesto de 577.000 millones de dólares y su millón y medio de bien equipados y entrenados soldados en activo, más un millón en la reserva, no están al alcance de ninguna potencia actual³⁸. El armamento convencional disponible y el gasto en investigación militar, sin tener en cuenta las más de tres mil armas estratégicas nucleares y más de dos mil tácticas, son la envidia de cualquier ministro de Defensa sin convencimiento pacifista. La revolución tecnológica militar llevó a hechos tales como que, a la altura de 2009, Estados Unidos disponía de 5.300 aviones no tripulados y 12.000 sistemas terrestres no tripulados³⁹. Sin embargo, la descomunal fuerza castrense norteamericana y sus asombrosas máquinas de guerra –los drones son

³⁴ BARNETT, Thomas: «Let's rethink America's military strategy». El último «malo» del mundo que fue tan «inconsciente» de enfrentarse a Estados Unidos de igual a igual fue, según el general de los marines estadounidenses Anthony Zimm, Sadam Husein (Primera Guerra del Golfo). El militar comentó en una entrevista: «Nuestra ofensiva de 1991 en el Golfo resultó victoriosa porque tuvimos la suerte de dar con el único malo del mundo lo bastante estúpido como para enfrentarse a Estados Unidos en un combate de tú a tú». Ápod RAMONET, Ignacio: *Guerras del siglo XXI*, p. 42.

³⁵ BREMMER, Ian: «Hacia un nuevo desorden mundial», en *El País*, 26 de septiembre 2014. El mismo autor ya había señalado en el mismo medio la dinámica geopolítica dominante, a saber: «vivimos en un mundo con una perceptible y peligrosa ausencia de liderazgo global coordinado» («Un mundo sin liderazgo», 4 de marzo 2014).

³⁶ HERNÁNDEZ, Rubén: «Prácticas políticas, poder y geoestrategia en las civilizaciones del siglo XX y primeras década del siglo XXI» [en línea], en *Psicoespacios*, 9-14 (2015), <http://revistas.iue.edu.co/index.php/Psicoespacios/article/view/349/488> [consultado el 24/10/2015].

³⁷ FUENTE COBO, Ignacio: «Panorama del mundo actual. Geoestrategia del siglo XXI», en De la CORTE, Luis, y BLANCO, José Luis: *Seguridad Nacional, amenazas y respuestas*, Madrid, LID, 2014.

³⁸ Datos extraídos de Global Fire Power, <http://www.globalfirepower.com/>.

³⁹ SINGER, P. W.: «Military robots and the future of war» [en línea], https://www.ted.com/talks/pw_singer_on_robots_of_war/transcript?language=es [consultado el 10/10/2015]. Se ha de destacar el problema de la percepción de la guerra y las distintas cuestiones psicológicas y éticas asociadas a la guerra robótica.

ilustrativos— han generado una «revolución» en las formas de resistencia de aquellos que se enfrentan al poder de Washington. Y posiblemente es esta nueva forma de entender la guerra, lo que está poniendo en jaque a la potencia atlántica. El rival débil se aprovecha de los huecos en la seguridad y los resquicios donde aquella formidable maquinaria no puede maniobrar con facilidad y eficacia, usando los puntos fuertes del gigante militar en su contra, para lo cual sigue fielmente el principio de readaptación permanente, que busca neutralizar el superior poder castrense del enemigo.

Con respecto a la robustez de Estados Unidos como potencia global, una vez dejado a un lado su poder militar, se puede afirmar que tiene ciertas variables a su favor para mantener una cierta preeminencia planetaria durante, al menos, unos cuantos años más. Su población, al filo de los 320 millones de personas, mantiene un crecimiento moderado que le asegura un sostenido ritmo demográfico positivo. Además, es la primera potencia económica del mundo, con un PIB de más de 17 billones de dólares⁴⁰. Su superficie territorial supera los nueve millones de kilómetros cuadrados y ocupa mayoritariamente latitudes templadas con un amplio potencial de habitación. Al mismo tiempo, tiene una más que considerable disponibilidad de agua dulce, uno de los recursos a tener en cuenta en el futuro ante fenómenos como el cambio climático, la contaminación global y/o la desertización. Si se atiende a la realidad energética, Estados Unidos posee cerca del 11 por ciento de la producción mundial de petróleo y el 20,6 de gas natural. A tal realidad, hay que sumar unas considerables reservas de hidrocarburos. Todo ello hace a Washington susceptible de ser una potencia exportadora de recursos energéticos a pesar de ser la segunda consumidora mundial de energía⁴¹. Ello no solo pudiera suponer una inyección extra de capitales, sino que también constituye una poderosa «arma» en el mundo de la guerra asimétrica (el caso de Gazprom –Rusia– y Europa así lo ejemplifican). Un futurible no muy descabellado pudiese hacer pensar en Estados Unidos como el país que ajusta los precios de referencia del barril de petróleo en el mundo (*swing producer*), tarea que, en los últimos tiempos, había correspondido a Arabia Saudita, lo que ha venido otorgando al país pérsico una importancia geo-económica más que destacada⁴².

Si se analizan cuestiones más «etéreas», algunas de las cuales han sido tratadas al comienzo del presente artículo, se ha de pensar en Estados Unidos como el gran referente cultural para gran parte del mundo (*McWorld*). Aunque es cierto que existen enormes y, probablemente, crecientes resistencias al imperio posmoderno norteamericano y su *American way of life*, tales como la iniciativa ALBA (Alternativa Bolivariana de las Américas) en el contexto hispanoamericano o el islamismo más o menos militante en grandes áreas del

⁴⁰ Datos extraídos del Banco Mundial (2014), <http://datos.bancomundial.org/pais/estados-unidos> [consultado el 21/11/2015].

⁴¹ BISBAL, Francisco: «Perspectiva geopolítica del S. XXI: una ecuación de difícil solución» [en línea], en *Instituto Español de Estudios Estratégicos* [consultado el 15/10/2015].

⁴² ESCRIBANO, Gonzalo: «Volatilidad geopolítica», en *El País*, 22 de marzo 2015.

mundo musulmán (Occidente percibido como el «gran Satán» militar y económico pero, por encima de todo, como un demonio libertino), la extensión de una cultura global marcadamente «americanizada» es indiscutible. Las películas de Hollywood se ven en todo el mundo, aunque no hay que ignorar la importancia cultural fílmica de «Bollywood» y Egipto; el KFC –Kentucky Fried Chicken– y el McDonald’s se han instalado en países de todo tipo, incluso llegaron a la «socialista» China al filo de los años noventa del siglo pasado; el iPhone y el iPad son objetos de deseo para la mayor parte de los jóvenes y no tan jóvenes habitantes del planeta... La lista que ilustra la importancia de la cultura estadounidense dentro del mundo global puede ser interminable, por lo que se van a mostrar algunos ejemplos significativos en los que se puede apreciar que incluso los más reticentes se ven influidos por el *Soft Power* estadounidense.

El 15 de diciembre de 2014, el autoproclamado jeque Haron, quien había abjurado de su fe chiita y se había convertido en suní y seguidor de las proclamas del denominado Estado Islámico, entró en una cafetería en el distrito financiero de la australiana ciudad de Sídney y secuestró a los allí presentes. El terrorista «entró [en el establecimiento] con un rifle [...] y un iPad. Y el arma era el iPad. Porque él capturó a la gente, los aterrorizó, dirigió el iPad hacia ellos, hizo un video, lo puso en Internet, y dominó los medios del mundo»⁴³. También obligó a sus rehenes a colgar mensajes tanto en Facebook como en Twitter⁴⁴. Este islamista radical tenía un iPad de la multinacional estadounidense Apple y usaba las redes sociales, seña de identidad de la cultura global. Pudiera pensarse en el uso instrumental de tales elementos, pero la insistencia del cuadro de mandos del Califato en Mesopotamia pidiendo a sus miembros que no suban fotografías de forma indiscriminada a la Red –ante posibles vulneraciones de seguridad– muestra lo «incontrolado» y espontáneo del fenómeno. Un estudio de finales de 2014, *The ISIS Twitter Census*, cifraba en unas 46.000 las cuentas que actuaban a favor del grupo terrorista, aunque se llegaban a barajar cifras que rondaban las 90.000. Es muy difícil pensar que todas ellas estén dirigidas y sigan las instrucciones del Califato. Muchos de los combatientes de ISIS usan las redes sociales y consumen productos –culturales o materiales– de la era de la globalización.

El somero análisis llevado a cabo, induce a pensar en Estados Unidos como una gran potencia que, aunque parece mostrar ciertos signos de agotamiento que se significan, por ejemplo, en su paulatina retirada de ciertos teatros de operaciones del mundo o en la exigencia a sus aliados de una mayor implicación en el mantenimiento de la paz y la

⁴³ ROTHKOPF, David: «Cómo el miedo dirige la política estadounidense» [en línea], https://www.ted.com/talks/david_rothkopf_how_fear_drives_american_politics/transcript?language=es [consultado el 10/11/2015].

⁴⁴ «Man Haron Monis, un clérigo radical armado, mantiene secuestradas a decenas de personas en un café de Sídney» [en línea], en *The Huffington Post*, http://www.huffingtonpost.es/2014/12/15/secuestro-sidney-cafe_n_6325154.html [consultado el 21/11/2015].

seguridad, tiene considerables potencialidades para intervenir en el mundo del futuro próximo. La pregunta puede ser si lo hará solo o acompañado.

Los gigantes con pies de barro: China y Rusia

Son muchos los analistas que localizan los nuevos retos de Occidente en el «sueño» imperial de Rusia y China. Países de los que, atendiendo a esos mismos estudiosos, provienen las principales amenazas –de carácter estatal– a la seguridad global. La política expansiva de Pekín en sus zonas marítimas anexas o las maniobras de Rusia en Ucrania han tenido una amplia difusión en los medios de comunicación y han sido acontecimientos causantes de grandes sobresaltos en las cancillerías occidentales en los últimos tiempos. Tanto ha sido así que hay quien ha hablado de la vuelta de la Guerra Fría. Pero, más allá de los gestos ampulosos, una dialéctica abrupta y ciertos movimientos osados en política exterior, se ha de lanzar un interrogante sobre la potencialidad real de ambos países de cara al futuro.

China cuenta con una superficie de cerca de diez millones de kilómetros cuadrados, lo que viene a ser un tamaño similar a todo el continente europeo. Sus tierras están pobladas, según las poco fiables estadísticas de Pekín, por unos 1.350 millones de personas, mayoritariamente de etnia *han*. Para contextualizar tan impresionante cifra, se puede decir que uno de cada cinco habitantes del mundo es chino. Estos datos se complementan con unas tasas de crecimiento económico anual inalcanzables para el mundo desarrollado, si bien se está presentando cierta tendencia al estancamiento. Posee, no obstante, la segunda mayor economía del mundo (PIB). Las cifras relativas a la superficie territorial, la demografía y la economía vienen a perfilar a China como una superpotencia, algo que se refuerza al hablar del número de soldados disponibles en la República Popular, a saber, algo más de dos millones en activo, a los que se han de sumar, al menos, un millón más en la reserva, sin contar con el millón y medio de miembros de la Policía Armada Popular (seguridad interior)⁴⁵. El hecho de que el gasto en defensa de Pekín no haga sino aumentar cada año, incrementa la rotundidad del dato anterior. Lo señalado contrasta con los recortes en gasto militar llevados a cabo por las potencias europeas, con lo que en la presente década Asia ha superado a Europa en presupuesto de defensa por primera vez en la historia⁴⁶. Lo invertido en tales menesteres por China, India o Rusia está en la base de lo enunciado.

Sin embargo, y a pesar de lo que pueda parecer a primera vista, China arrastra graves problemas que lastran sus posibilidades de convertirse en una gran superpotencia. Pekín tiene un verdadero problema dentro de su propia casa con dos de sus cinco provincias

⁴⁵ MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Sociedad Contemporánea*. En torno al factor militar chino, véase DELAGE, Fernando: «China y los países BRIC», en VV. AA.: *Brasil, Rusia, India y China (BRIC): Una realidad geopolítica singular*, Madrid, CESEDEN, 2011, pp. 90-92.

⁴⁶ KEOHANE, Daniel: «Por qué la UE necesita la opción militar», en GREVI, G., y KEOHANE, D. (eds.): *Desafíos para la política exterior europea en 2013. Renovar el papel de la UE en el mundo*, Madrid, FRIDE, 2012, p. 40.

autónomas, Xinjiang y Tíbet, en constante ebullición, aunque poco de lo allí acaecido llegue a los medios de comunicación occidentales. Tal cuestión no es baladí puesto que entre ambas regiones suman cerca de tres millones de kilómetros cuadrados, si bien su población no es demasiado destacada: Xinjiang alberga unos veinte millones de musulmanes de etnia uigur y el Tíbet hace lo propio con unos tres millones de budistas de etnia tibetana. Ambas provincias vienen a copar un tercio de las tierras de la República Popular y las riquezas mineras del territorio de mayoría islámica representan tres cuartas partes del total de China, un porcentaje nada despreciable que puede influir en el interés de Pekín por sofocar las constantes rebeliones emanadas de tal área⁴⁷. La «colonización» de esas tierras por familias de etnia *han* y el control por tal grupo de todos los resortes del poder y de la administración regional son políticas que siguen la misma línea de actuación. La provincia está «militarizada» y Pekín ha incrementado, desde la década de los noventa del siglo pasado, sus acuartelamientos castrenses, su policía (aumentando el número de antidisturbios), sus informadores —e infiltrados entre la población islámica—, el control de la prensa, el número de juicios sumarios...⁴⁸. Y a pesar de todo, sigue habiendo atentados y revueltas que hacen comprensible, además de por la misma naturaleza del régimen chino, que la seguridad interior tenga un presupuesto parejo a la defensa exterior.

Otro de los grandes problemas chinos deriva de la existencia de dos realidades nacionales diametralmente opuestas dentro de un mismo Estado; la célebre sentencia de «un país, dos sistemas» puede ser puesta en duda. El escritor venezolano Moisés Naím escribía hace no demasiado: «existen dos Chinas: una industrializada, moderna, la de los rascacielos, la globalización y gran dinamismo económico. Pero también sabemos que hay una China muy pobre y con enormes necesidades»⁴⁹. Por lo tanto, no hay un país y dos sistemas sino que hay dos países dentro del Estado chino, uno desarrollado o aceleradamente en vías de ello y otro que mantiene estructuras e inercias típicas del denominado tercer mundo. La «economía socialista de mercado» también conlleva ciertos problemas (algunos de los cuales son las herencias del socialismo real), como una excesiva burocracia, un lioso sistema legal, altísimas cotas de corrupción y, evidentemente, una considerable falta de derechos y libertades.

La falta de derechos humanos es un recurrente motivo de regañina a Pekín en los foros internacionales. Al tiempo, es un posible catalizador del descontento social y un posible «talón de Aquiles» para el Partido Comunista Chino. La contaminación que genera China es otra de las cuestiones que suele ser tratada en los foros internacionales con preocupación, puesto que las emisiones derivadas del consumo del carbón son muy perjudiciales para el medio ambiente y el país asiático satisface unos dos tercios de sus necesidades eléctricas por

⁴⁷ JOHNSON, Rob: *Oil, Islam and conflict. Central Asia since 1945*, London, Reaktion Books, 2007, p. 191.

⁴⁸ JOHNSON, Rob: *Oil, Islam and conflict*, pp. 187 y ss.

⁴⁹ NAÍM, Moisés: «Tres ideas equivocadas», en *El País*, 20 de septiembre 2014.

ese medio⁵⁰. Y es una cuestión que también ha de preocupar al país asiático por cuanto es un verdadero problema de salud pública; la llegada del frío dispara la quema de carbón y, con ello, la atmósfera se vuelve «tóxica» en muchas áreas urbanas aglomeradas de población. El aire llega a albergar hasta 56 veces lo recomendado por la Organización Mundial de la Salud en lo que se refiere a partículas PM (*particulate matter*), las más dañinas para la salud⁵¹. Esta realidad es, asimismo, un foco de protestas en la China «rica» de las ciudades y los rascacielos.

Desde el punto de vista del «poder duro», se ha de destacar que, a pesar del impresionante número de soldados, el gasto en defensa chino viene a ser una cuarta parte del estadounidense y, a pesar de su rápido crecimiento, resta un buen trecho para llegar a las cotas de Washington⁵². Además, el número de contenciosos abiertos por Pekín en la zona del Asia-Pacífico y los puntales de los norteamericanos en la región no hacen sino ralentizar –bloquear– una «excesiva» expansión de China. Lo cierto es que el «imperialismo» chino no deja de generar sobresaltos a la comunidad internacional y ha disparado el gasto militar de todos los vecinos de Pekín ante el temor a acciones unilaterales –castrenses o asimilables– de la República Popular. El contencioso de las islas Senkaku con Japón, las constantes llamadas a la «reunificación» –anexión– con Taiwán, la reivindicación de las islas Spratly y Paracel –que choca con los intereses o «derechos» de Vietnam, Taiwán, Malasia, Filipinas y Brunei–, o la construcción de islas artificiales en lo que muchos consideran aguas internacionales, son las principales disputas territoriales en el mar de la China. Las reclamaciones cruzadas de soberanía en las regiones de Arunachal Pradés (India) y Aksai Chin (China) con otra gran potencia regional, India, que en modo alguno son nuevas sino que están enquistadas desde hace decenios, también tensionan las cancillerías asiáticas.

El otro gran foco de inestabilidad de origen estatal está situado en Rusia, una potencia de considerable importancia internacional e indiscutible protagonismo regional. El historiador Niall Ferguson relativizó lo acaecido en 1991 con la siguiente sentencia: «El imperio soviético desapareció, pero el imperio ruso sobrevivió en gran medida, y se extiende desde Volgogrado hasta Vladivostok: sigue siendo el último imperio europeo en Asia, con una amplitud territorial que habría hecho las delicias de Pedro el Grande»⁵³. La Federación Rusa ocupa unos 17 millones de kilómetros cuadrados, unas 34 veces España, y es el país más grande del mundo. El resto de variables que se han de manejar para analizar las potencialidades de Rusia son mucho menos impresionantes; por ejemplo, su PIB no alcanzó

⁵⁰ China consume el 50,30 por ciento del carbón extraído. Véase BISBAL, Francisco: «Perspectiva geopolítica del S. XXI». El dato del consumo actual del país se ha extraído de la agencia Reuters: «China reducirá el consumo de carbón para disminuir la contaminación» [en línea], <http://es.reuters.com/article/topNews/idESKBNOM219620150306> [consultado el 28/11/2015].

⁵¹ FONTDEGLÒRIA, Xavier: «China enciende la calefacción y la contaminación se desborda», en *El País*, 12 de noviembre 2015.

⁵² TORRES, Diego: «China aumenta un 12% su presupuesto de defensa», en *El Mundo*, 5 de marzo 2014.

⁵³ FERGUSON, Niall: «El año en que el mundo cambió de verdad», p. 17.

su equivalente de 1986 hasta dos décadas después y, calculado en dólares, tal cifra solo representa el nueve por ciento del estadounidense. La potencia económica de Moscú viene a ser la de un país como Italia. Atendiendo a cuestiones de carácter demográfico, el gigante euroasiático tiene unos 141 millones de habitantes, cifra que hace desmerecer mucho su expansión territorial. Además, la distribución geográfica del contingente poblacional es muy desigual: la mayor parte del mismo está en la Rusia europea (al oeste de los Urales) y en algunas ciudades de tamaño medio en las estribaciones de la línea ferroviaria del Transiberiano. El futuro tampoco apunta a un gran crecimiento demográfico, más bien todo lo contrario; lo cual no deja sino que contrastar con la potencia de los vecinos asiáticos de Moscú (India o China). El riguroso clima continental de gran parte del gigante territorial y un extremo clima polar en sus áreas septentrionales son condicionantes naturales de la población y la habitabilidad.

Si se ha señalado la importancia de la Rusia occidental desde el punto de vista poblacional, se ha de decir que es la Rusia oriental (en puridad el imperio intercontinental terrestre de la época zarista y único de los grandes imperios europeos que sobrevive, como anteriormente se dijo) la que presenta una mayor concentración de recursos naturales (minerales y energéticos). La amplísima Siberia es «El Dorado» ruso y este es un territorio que presenta escasísimas cotas de habitación. La defensa de tal zona, su «rusificación» y su integración – comunicaciones– han sido y son verdaderos axiomas geopolíticos para Moscú. El gas natural que se extrae de tal área no solo tiene enorme importancia económica; también es un instrumento para la política exterior. Los rusos siempre han tenido a su favor en las grandes guerras patrias al «general invierno», si bien este había mostrado su helado rostro en tareas defensivas; algo que ha cambiado con la política de Vladimir Putin, quien ha usado el invierno de Europa oriental para adoptar una posición de fuerza en política exterior. Este uso de los recursos energéticos y la dependencia de la economía rusa de la exportación de los mismos es lo que ha llevado a ciertos políticos a decir que «Rusia es una gasolinera disfrazada de país»⁵⁴.

Aunque la existencia de amplísimas reservas de gas e importantes yacimientos de petróleo pueda parecer una «bendición» estratégica, lo cierto es que esta ha de ser matizada, puesto que la economía de Rusia muestra una dependencia excesiva de las exportaciones de tales recursos. Además, es la Unión Europea la que los absorbe en un porcentaje muy elevado, al tiempo que son los países miembros de tal organización los que, con diferencia, más inversiones realizan en Rusia. Es decir, Rusia presenta una interdependencia muy alta de las

⁵⁴ Expresión del senador estadounidense del Partido Republicano McCain, en GARDNER, Joshua: «'A gas station masquerading as a country!': Senator McCain demands sanctions of Russia as he calls out Obama's weak response to Crimea crisis» [en línea], en *The Daily Mail*, <http://www.dailymail.co.uk/news/article-2582235/A-gas-station-masquerading-country-Senator-McCain-demands-sanctions-Russia-calls-Obamas-weak-response-Crimea-crisis.html> [consultado el 21 de noviembre de 2015].

economías de la eurozona y de su voluntad de seguir consumiendo gas ruso. Actualmente, Europa es el mayor cliente de ese gas ruso, que cubre un tercio de las necesidades energéticas del «viejo continente». Pero esto no obliga a que siempre sea así; las inversiones decididas en energías renovables, la proliferación de centrales nucleares o la simple diversificación de suministradores de gas puede hacer una Unión Europea menos dependiente del suministro gasístico ruso. En este sentido, el senador estadounidense del Partido Republicano Lindsey Graham afirmaba que Moscú «estaba jugando al póquer con una pareja de doses y ganando»⁵⁵. Situación que, en gran medida, se debe al carácter del régimen ruso y a su dirigente estrella: el «zar» Putin.

La élite dirigente rusa trata de devolver a su «pueblo» al sitio que cree que le corresponde en el concierto internacional; a saber, una gran potencia que tenga aseguradas sus fronteras territoriales, influya de manera efectiva en lo que se consideran sus esferas de ascendiente, asegure la protección de las minorías eslavas del mundo (algo proverbial también en la Madre Rusia durante siglos) y sea determinante en el sistema mundo actual. Para ello, se vale de la diplomacia, la economía, la energía y, si hace falta, de las fuerzas militares convencionales. La política expeditiva de Putin ha llevado a Rusia a «recuperar» la península de Crimea (2014), si bien ha tenido un elevado costo económico. La economía rusa ha sido debilitada por las sanciones de estadounidenses y europeos ante su injerencia en Ucrania. Consecuencia directa de ello, ha sido la caída del valor del rublo, una gran fuga de capitales, la paralización de la inversión extranjera y la general contracción de la actividad económica⁵⁶.

Aunque la denominada crisis de Crimea es por todos conocida, no lo son tanto otras expeditivas intervenciones rusas bajo el mandato de Putin que, sin embargo, muestran una misma línea de actuación, caracterizada por la firmeza y el uso de todo tipo de instrumentos –incluidos los militares– para asegurar el «corazón» de Rusia –su área eslava europea–⁵⁷. La Segunda Guerra de Chechenia (1999-2009) fue la primera gran oportunidad del presidente ruso para mostrar que dirigía el país con «mano de hierro» a un lugar preeminente en el concierto de naciones. El general Vladimir Moltenskoï fue el encargado de acabar *manu militari* con los rebeldes sin caer en los errores de la Primera Guerra de Chechenia (1994-1996), para lo cual dispuso de una amplia cantidad de medios bélicos. La segunda «operación antiterrorista», como denominó Moscú a la Segunda Guerra Chechena, finalizó con la victoria de las fuerzas rusas y la «normalización» de una república que siempre muestra síntomas de conflicto en ciernes. Mayores similitudes con lo acaecido en Ucrania

⁵⁵ ONTIVEROS, Emilio: «Riesgos geopolíticos», en *El País*, 17 de agosto 2014.

⁵⁶ NAÍM, Moisés: «Tres ideas equivocadas», en *El País*, 20 de septiembre 2014.

⁵⁷ El coronel Ignacio Fuente señala la existencia de varias áreas de seguridad en Rusia, asimilables a círculos concéntricos que van de lo más a lo menos importante para garantizar el «corazón» eslavo del país –la Rusia europea–. Tras este se sitúa el área rusa no eslava (Siberia y Cáucaso), las antiguas repúblicas soviéticas, los países del extinto Pacto de Varsovia (incluyendo a Mongolia y Afganistán) y los países de pasado o presente comunista. Véase FUENTE COBO, Ignacio: «Panorama del mundo actual».

tuvo el conflicto bélico georgiano, tras el cual se certificó la castración territorial fáctica del pequeño país caucásico en un 20 por ciento. Osetia del Sur (3.900 kilómetros cuadrados y 70.000 habitantes) y Abjasia (8.600 kilómetros cuadrados y un cuarto de millón de habitantes) consolidaron su secesionismo con respecto a Tiflis gracias a las fuerzas rusas. La guerra Georgiano-Rusa (2008) se saldó con una contundente victoria de Moscú.

El trasfondo del conflicto georgiano estaba vinculado a la desaparición de la URSS y las tensiones subsiguientes entre comunidades religiosas y étnicas diferentes dentro de un mismo nuevo Estado. Pero las motivaciones de Rusia para intervenir estuvieron ligadas al acercamiento del gobierno de Tiflis a las potencias occidentales: Georgia participó en la segunda guerra del Golfo (2003) con el tercer contingente más grande de tropas y mostraba un evidente interés por entrar en la OTAN (lo que significaría llevar a la organización atlantista al flanco sur del Kremlin, en un zona de ductos)⁵⁸. Además, Moscú estaba resentido por la declaración de independencia de Kosovo (2008), que significaba un debilitamiento de su aliado tradicional en la zona –Serbia–. La política exterior rusa –de Putin– siempre sigue los mismos parámetros, basados estos en el mantenimiento y consolidación de un *hinterland* alrededor del corazón eslavo de Moscú.

Rusia ha vuelto a la escena internacional espoleada por lo que considera una política de expansión de la Unión Europea y de la OTAN a la tradicional área de influencia rusa o a países con importantes minorías eslavas. Y, para hacerlo, según la política ucraniana Yulia Timoshenko «Putin quiere crear y liderar una coalición anti-Occidente»⁵⁹. Aunque tal afirmación pueda tener cierto éxito en algunos sectores de la opinión pública occidental, lo cierto es que los intereses rusos y los desafíos mundiales ligan a Moscú con Bruselas más de lo que a Putin le gustaría reconocer; y en este punto se han de distinguir los discursos, los «castigos» y las «pataletas» de un verdadero «choque de civilizaciones» con los eslavos... Aunque parece que la dialéctica de la Guerra Fría vuelve a emerger y es bien cierto que Putin ha dirigido sus fuerzas militares a tres «guerras» de las que ha salido victorioso y reforzado como líder de la «nación» eslava, lo cual escandaliza y disgusta a las cancillerías occidentales. La segunda guerra de Chechenia (1999-2009), la guerra de Georgia (2008) y la crisis de Crimea (2014) han reforzado el prestigio militar de las Fuerzas Armadas rusas y el reconocimiento de su presidente como líder internacional a tener en cuenta, quien parece dispuesto a erigir un nuevo imperio ruso bajo coordenadas eslavo-ortodoxas. Sus cerca de ochocientos mil soldados en activo y sus dos millones y medio de reservistas muestran a las claras el poder militar convencional de la potencia euroasiática⁶⁰. Rusia tiene unos 400

⁵⁸ Actualmente, Rusia identifica once grandes retos para su seguridad y, dentro de estos, cinco están directamente vinculados a la OTAN o a Estados Unidos. Ello puede hacer reflexionar al lector sobre la importancia de que los países limítrofes de la antigua URSS no se integren en la organización militar previamente citada. Véase CALDUCH, Rafael: «Rusia ¿Vieja potencia o potencia emergente?», en VV.AA.: *Brasil, Rusia, India y China (BRIC): Una realidad geopolítica singular*, Madrid, CESEDEN, 2011, pp. 49-50.

⁵⁹ RIZZI, Andrea: «Putin quiere crear y liderar una coalición anti-Occidente», en *El País*, 29 de octubre 2015.

⁶⁰ Datos de 2014 extraídos de *Global Fire Power*.

barcos y 3.500 aviones de guerra. Además, dispone de unas 5.000 ojivas nucleares. «Los líderes rusos se aferran a las armas nucleares como emblema de su poderío y baluarte ante la intimidación de Occidente»⁶¹. Pero, al igual que pasaba con China, hay que mirar más allá de los impresionantes números y estadísticas castrenses. El presupuesto militar ruso es escaso para tamaña fuerza militar. De ello se deduce que el estado material de parte de ella no será todo lo óptimo que debiera. Además, el gasto en personal y mantenimiento de un ejército de dimensiones tan grandes, suele provocar una inversión muy limitada en I+D+I militar. A pesar de lo dicho, hay una inversión anual de algo más de un cuatro y medio por ciento del PIB en defensa, una tendencia ascendente, y la industria militar rusa goza de vitalidad comercial puesto que exporta grandes cantidades de material bélico a China, India, Venezuela y la Siria alauita⁶².

RECAPITULACIÓN Y PROSPECTIVA

El actual escenario del mundo presenta una gran cultura global que tiende a homogeneizar y estandarizar de acuerdo con unas variables claramente occidentales y mayormente estadounidenses. La acelerada transmisión de información y de personas ha creado una aldea global en la que las informaciones, tendencias o modas se trasladan de un sitio a otra en cuestión de segundos. Realidad esta que ha puesto en peligro las identidades, costumbres y tradiciones locales de diferentes áreas del planeta. Ante esa «amenaza», algunos colectivos han reaccionado violentamente y se han resistido a la cultura global. Para ello han creado imaginarios baluarte de la tradición o, más habitualmente, de una tradición reinventada –imaginada–. Nadie escapa a la globalización y, por ello, incluso las resistencias a la misma son productos en los márgenes de aquella. En el presente artículo ya se ha hablado del comportamiento a la manera de las multinacionales del autoproclamado Estado Islámico. En el mismo sentido, la misma «Yihad global», la «internacional yihadista», es un movimiento radical y violento discursivamente antimoderno que, sin embargo, funciona dentro de la modernidad tecnológica y amplía las fronteras tradicionales del Estado nación para abordar la lucha desde el punto de vista global –planetario–.

La extensión de los modelos culturales occidentales por todo el mundo fue posible no solo gracias a una revolución en las telecomunicaciones; también lo fue por la implosión de la URSS y el fin del tenso orden de la Guerra Fría, momento a partir del cual el capitalismo y sus formas político-sociales-culturales entraron en la antigua área de influencia soviética. Muchos fueron los que se ilusionaron y creyeron que el bienestar otorgado por el libre mercado inundaría el mundo; más fueron los que se desilusionaron cuando vieron que las

⁶¹ PERKOVICH, George: «¿Absurdo o profético? Vivir sin armas nucleares», en *Política Exterior*, 166 (2015).

⁶² Los datos del gasto en defensa de la Federación Rusa han sido extraídos del Banco Mundial. Véase <http://datos.bancomundial.org/indicador/MS.MIL.XPND.GD.ZS/countries> [Consultado el 05/12/2015].

desigualdades crecían y que la fábrica planetaria se extendía pero no lo hacían sus beneficios.

La frustración, la pérdida de identidad y el vacío de poder fruto del fin del sistema bipolar fueron fenómenos que están en la base del gran desorden mundial que sucedió a la Guerra Fría. Muchos países del denominado tercer mundo, que ya adolecían de problemas estructurales derivados en buena medida de lo artificial de sus fronteras (marcadas por las antiguas metrópolis coloniales), se sumieron en la anarquía. Gobiernos débiles, corruptos, poco o nada representativos, sometidos a graves crisis, endeudados con las organizaciones económicas internacionales y carentes de la mayor parte de los instrumentos de un Estado digno de tal nombre, tuvieron que hacer frente al surgimiento de un verdadero mosaico de «opositores»-detractores de todo tipo y forma: organizaciones tipo crimen organizado (piratería incluida), movimientos separatistas, movimientos religiosos, movimientos étnico-tribales... Agrupaciones que solían derivar en violencia y ahondaban en el círculo de la pobreza. Además, los problemas en el trazado de fronteras y la lucha por los recursos estratégicos por parte de países «pobres», sin entrar a valorar las claves de inquina histórica, han derivado, en muchos casos, en conflictos entre Estados que provocan crisis humanitarias graves en amplias regiones del mundo. El escenario aludido, marcado por la desesperanza de quienes lo viven, es el caldo de cultivo ideal para el surgimiento de, por ejemplo, el islamismo radical, movimiento que viene a suplir muchos de los servicios que el Estado no puede llevar a cabo por todos los problemas a los que se tiene que enfrentar. Los refugiados, la inmigración, el terrorismo y el crimen son otras de las caras de esa realidad⁶³.

Muchos son los Estados del mundo que han perdido incluso una función que les es tan consustancial como el monopolio de la violencia. Y este es uno de los factores que más incide en la inestabilidad e ingobernabilidad de los Estados de este tipo. Los cuales, en muchas ocasiones, ni siquiera pueden aglutinar a su población bajo el estandarte del sentimiento nacional e invocar la defensa de la patria, puesto que administran poblaciones que tienen criterios identitarios alternativos: etnia, clan, tribu o religión.

Actualmente hay un verdadero maremágnum de colectivos armados que consideran fronteras y gobiernos nacionales como artificios ajenos a su cosmovisión o meros accidentes que dificultan su forma de vida. El caso de los tuaregs, quienes no reconocen los Estados

⁶³ Algunos autores ya han apuntado que la solución al problema del terrorismo tiene que venir del tratamiento de los problemas de fondo de amplias regiones del mundo. Es decir, se ha de tender a una mayor justicia social y a fortalecer Estados débiles. «Estas crisis pueden no ser la máxima prioridad geoestratégica mundial, pero tienen raíces profundas, entrañan gran coste humano, amenazan los intereses de la UE y pueden tener efectos secundarios negativos en una región frágil que limita con el entorno de la Unión». En HELLY, Damien: «Del Sahel a Somalia: la reacción ante las crisis», en GREVI, G., y KEOHANE, D. (eds.): *Desafíos para la política exterior europea en 2013. Renovar el papel de la UE en el mundo*, Madrid, FRIDE, 2012, pp. 73-76. En el mismo sentido se pronuncia el profesor de Relaciones Internacionales Richard Youngs al citar la necesidad de potenciar «Estados estables y bien gobernados». Véase YOUNGS, Richard: «The EU's geopolitical crossroads in the Middle East» [en línea], en *Eurasia Review*, http://fride.org/download/15.03.2015_EurasiaReview_US_RY.pdf [Consultado el 29 de septiembre de 2015].

fruto del reparto colonial (Conferencia de Berlín, 1884-1885), es significativo; las fronteras no tienen sentido para unas poblaciones nómadas que se consideran dueñas de las tierras de sus padres y se niegan a ser gobernados por etnias negras, a quienes históricamente esclavizaron (el caso de Malí es ilustrativo). Los pastunes, etnia sita a ambos lados de la frontera afgano-paquistaní, es otro claro ejemplo de lo dicho; la identidad étnico-tribal se superpone a la nacionalidad. Estados débiles e identidades alternativas a la nacional han propiciado la extensión, especialmente en los Estados fallidos, de señores de la guerra con su séquito militar (Afganistán, Libia o República Centroafricana), milicias étnicas (los *yanyauid* en Sudán del Norte), autodefensas tribales-religiosas (Ash al-Sunna wa al-Yamaa en Somalia), bandas criminales –narcoterroristas– (el Movimiento Islámico de Uzbekistán), grupos islamistas armados (Al Qaida, Al Shabab, Hamas...) o piratas son algunos de los ejemplos más demostrativos. Lo que el diplomático francés Patrick Haimzadeh dijo para Libia, «el poder real quedará en manos de quienes disponen del monopolio de la violencia», puede ser aplicado a grandes extensiones del planeta⁶⁴. Los gobiernos alejados de la realidad cotidiana de aquellos a los que teóricamente gobiernan corren el riesgo de dejar de serlo.

Las circunstancias históricas han favorecido el surgimiento de grupos violentos, quienes han encontrado predicamento y sostén en poblaciones que se han sentido agredidas por lo que han considerado una colonización cultural, por la existencia de Estados débiles y Estados fallidos, por las políticas unilaterales de los Estados Unidos, por la percepción de la existencia de un doble rasero con el que Occidente actúa en el mundo y, en general, por la injusticia social.

Pero, ¿qué se puede esperar en el futuro y del futuro? Parece que nos encontramos en un mundo cada vez más «desordenado», donde los actores no estatales adquieren una creciente importancia dentro del sistema internacional y en el que existe un número creciente de Estados y colectivos sociales que se oponen a la *pax americana*.

Rusia se comporta como un «imperio» frágil y obsoleto que busca mantener su consideración como potencia global. Para ello cuenta con un nuevo zar a la cabeza, cuyo actuación en ciertos escenarios europeos y de Oriente Medio que considera dentro de su natural área de influencia, se asemeja con frecuencia a lo que ha venido a llamarse un Estado «gamberro», dada su capacidad de generar o incrementar los problemas allí donde interviene. China e India, por su parte, son dos gigantes demográficos que pueden convertirse en potencias globales en las próximas décadas. Ambos países se consideran lo suficientemente fuertes como para desafiar, soslayadamente de momento, a Washington, adoptando sus propias agendas internacionales y defendiendo planteamientos de seguridad independientes. Iberoamérica ha vivido un proceso de rechazo a las políticas estadounidenses, en el que las iniciativas populistas y/o indigenistas han adquirido una

⁶⁴ HAIMZADEH, Patrick: «Viaje al caos libio», en *Le Monde Diplomatique* (agosto, 2012).

importancia destacada, a pesar de los recientes acontecimientos en países como Venezuela o Argentina, que parecen marcar un cambio de época y, especialmente, de tendencia.

Pero los Estados Unidos no sólo se ven desafiados en el escenario internacional por ciertos estados. También las organizaciones transnacionales con sus planteamientos de acción en términos no estatales han puesto supuesto un serio cuestionamiento de la actuación en el sistema internacional de Washington y sus aliados. Por ello, los nuevos retos se han de analizar en clave planetaria, no siendo ya válido el prisma exclusivamente nacional. Nos encontramos con un entorno en el que proliferan cada vez más las organizaciones transnacionales que no comulgan con el Estado-nación ni con un sistema de seguridad internacional que se deriva de esta concepción política convencional.

La importancia de estos novedosos desafíos en el terreno de la seguridad, se puso de manifiesto con la exposición del presidente George W. Bush el 20 de septiembre de 2001, cuando declaró la guerra a una organización no estatal como Al Qaeda. El problema estribó en la asombrosa capacidad de tal grupo terrorista para resistir los envites de la potencia militar más poderosa del mundo (Estados Unidos) a la que había que añadir una importante coalición de países aliados. La explicación a lo expuesto es multifactorial, a saber: Al Qaeda no es un grupo terrorista a la sazón, sino unas siglas bajo las que se esconde un conglomerado de organizaciones, células e, incluso, individuos aislados –lobos solitarios– que están dispersos por las cuatro esquinas del mundo y que operan autónomamente. Además, «la base» tiene un discurso panislamista que se superpone a las rivalidades nacionales y/o étnicas (supera el nacionalismo panarabista al incluir musulmanes no árabes), al tiempo que señala un destino idealizado que es el Califato. La compleja forma reticular de estructuración del grupo, con una dirección central vertical pero con una maraña de filiales regionales horizontalmente colocadas en el organigrama general de Al Qaeda, hace muy complicado asestar un único golpe que tenga efectos demoledores en la red global. Los grupos terroristas, como sería el caso de Al Qaeda o el autodenominado Estado Islámico, actúan siguiendo los principios del conflicto asimétrico, una modalidad de hacer la guerra en la que resulta muy difícil vencer. Es lo que ha venido a denominarse como las estrategias de «cuarta generación».

El ejemplo enunciado sirve para ilustrar sobre el nuevo tipo de desafíos a afrontar por Washington y, en general, por Occidente. Ante este panorama, los Estados Unidos parecen obligados a seguir en los próximos años una suerte de *realpolitik* para no desgastarse en los campos de batalla que escogen organizaciones que actúan conforme a los principios de las estrategias de cuarta generación. Se trata de un mundo crecientemente multipolar en el que destaca el rearme de ciertas potencias asiáticas, por lo que la implicación de Washington en múltiples teatros de operaciones, a la manera clásica, puede traducirse en un grave deterioro de su posición mundial. Todo ello en unos momentos en los que, precisamente, ha de centrarse en desafíos estatales de mayor consistencia, siendo China el que ocuparía un

puesto preeminente. La política seguida en los últimos años por la administración norteamericana de despliegue del «poder blando» a lo ancho y largo del mundo puede ser una excelente opción para garantizar el mantenimiento de un sistema internacional que se ha vuelto crecientemente diverso pero que, sin embargo, todavía puede ser dirigido por unos Estados Unidos que actúen como *primus inter pares* en el concierto internacional.

Daniel Macías Fernández
Universidad de Cantabria